

hechas á los iniciados. Otros filósofos tenían formada una idea muy mala de los misterios. Hasta los niños eran admitidos á la iniciación, es decir, á una consagración preparatoria que les conferían en los pequeños misterios, á cuyo propósito harémos mención del uso de que un jóven (Efebo) tuviese parte en la celebración de las Eleusinas, en quien la tradición suponía un carácter expiatorio (1). Este jóven se llamaba *niño del hogar*, como si se dijese comensal de las diosas ó *niño sagrado*.

La iniciación fué gratuita en un principio. Aristogiton impuso despues una retribucion sobre ella. Debemos recordar el uso solemne entre los iniciados de las cigarras de oro y de su mística significacion; la continencia prescrita durante las fiestas, entre ellas la del pescado. Los trajes que se llevaban durante la iniciación, se consideraban como sagrados; de tal manera que no se dejaban hasta que estaban del todo inútiles, y despues se convertían en fajas para los niños; otros los consagraban á las divinidades de Eléusis.

Los *Grandes* y los *Pequeños misterios* eran dos fiestas diferentes, así en la época de su celebración como en las ceremonias y en los dos grados sucesivos de iniciación que eran en ellos conferidos. Acerca de la época disintieron mucho y equivocadamente los criticos hasta que Corsini (2) encontró datos positivos. Los pequeños misterios se celebraban anualmente en el mes antiguo de antesterion, correspondiente á nuestro febrero, y al aproximarse la primavera, época también de los Leneos y de los misterios de Baco. Los grandes, que se cree fuesen quinquenales, se celebraban cada año en el mes de boedromion, correspondiente á nuestro setiembre. Había, pues, entre unos y otros un intervalo de seis meses, y las dos estaciones principales del año estaban consagradas por aquellas dos augustas fiestas. Pero al caer el gobierno de Atenas se modificaron los períodos de las Eleusinas por algunas razones, y sobre todo para complacer á Demetrio Poliorcetes.

Debemos parar la atención primeramente en la indicada semejanza de los pequeños misterios de Eléusis con las iniciaciones antiguas de Baco, que se celebraban en una misma época; observación no despreciable para el que recuerde la intimidad que reinaba entre Libero y Libera en los misterios greco-italicos (3). En efecto, las ideas de Baco, Ceres y Proserpina se asemejan tanto como sus funciones: contribuyen igualmente á la grande obra de la naturaleza y de la civilización, á dar á los hombres los alimentos mas gratos y mas sanos, las costumbres y las instituciones mejores, las creencias mas saludables, por cuyo medio fueron trasformados y se fundó y se conserva en sociedad.

(1) ATENEU, XIII, p. 180.

(2) *Fasti attici*, I, 63.

(3) CREUZER, *Symbol.*, lib. VII, c. 4, art. 4

Los pequeños misterios se celebraban en Agra en el Ática á orillas del Iliso, á dos ó tres estadios de Atenas. Se preparaban para ellos con abstinencias, seguía la lustración con las aguas del Iliso, hecha por el sacerdote Hidrano, con la cooperacion del daduco, que hacía poner los piés del novicio encima de las pieles de las victimas inmoladas á Júpiter Meiliquio ó Ctesio. El mistagogo exigía de los aspirantes el juramento de guardar secreto, y despues les hacía otras recomendaciones en general, entre otras preguntas á que debían contestar cada uno en particular, por ejemplo: *¿Habéis ó no probado el pan? ¿Estáis puro? ¿Había además la fórmula misteriosa: «he ayunado, he bebido» kykeon; he tomado de la cista y despues de «catarlo he dejado lo caído; he vuelto á tomar» lo caído y lo he colocado en la cista.*

Estos pequeños misterios no venían á ser mas que una purificación preparatoria para los grandes, segun se ve por los términos mismos con que los designan los antiguos (1). No sabemos á punto fijo si irían precedidos de una especie de confesion ó de penitencia; pero creemos que fuese así por analogía, aunque no confesion particularizada, atendida la numerosa muchedumbre que se agolpaba de una vez á la iniciación. Es mas verosímil que en los pequeños misterios se explicasen las expresiones y fórmulas simbólicas, que eran en cierto modo el preludio de la revelación de la esencia suprema de Ceres y Proserpina, como *los canes de Perséfone*, *Perséfone la tejedora*, y las alegorías enlazadas del hilo, la cadena, el telar, etc. Muchas de estas formas fueron adoptadas por los pitagóricos en la lengua simbólica; porque estos filósofos, siendo en general los primeros sabios de Grecia, procuraron por este y otros medios reducir sus opiniones á los dogmas mas elevados de la religion nacional. Y en verdad que estudiaron todas las épocas, echaron mano de todas las tradiciones sagradas, para extraer de ellas, digámoslo así, su espíritu y aplicarlo á sus doctrinas. En este concepto pudo Herodoto suponer homogéneos á los pitagóricos y á los orficos y báquicos, y aun hubiera podido asimilarlos á los adoradores de Apolo, y á los de Ceres y Proserpina.

Aquí nos bastará seguir en sus sucesivas aplicaciones los nombres de los misterios de Eléusis y de sus varios grados de iniciación para convencernos de cuánto se apartaban de ellos las sectas filosóficas. La palabra *misterios* designa en general todo culto secreto; pero se aplica mas especialmente á los grandes misterios de Eléusis, como la de Teles. En muchas propiedades se distinguían los grandes de los pequeños, pero rara vez los distinguen los antiguos. Los iniciados en los pequeños misterios se llamaban *mistos*, nombre que quizá se aplicaría en sentido absolutamente general,

(1) Προκαθαρισμός, προάγνους Escol. Aristóf., *Plat.*, v. 876.

los que lo estaban en los grandes se llamaban *epoptos* ó *éforos*, es decir, iluminados. Los datos no concuerdan respecto de los grados de iniciación, de su orden ni de su número; los mas admiten tres: *teleses*, *mistos* y *epoptos* (1); otros los hacen llegar á cinco, de los cuales los dos primeros deberian de consistir en purificaciones; el tercero comprendería todas las ceremonias preparatorias, para las cuales los iniciados se reunían y que celebraban en comun; el cuarto sería la iniciación propiamente dicha ó la recepcion en los pequeños misterios, que confería el título de *mistos*, y el quinto la *epoptia*.

Es efectivamente una observación ingeniosa y verdadera además la de que los primeros filósofos al instituir sus escuelas imitaron en muchos puntos el orden de los misterios. Era por consiguiente natural que copiando las cosas copiasen también las palabras y aplicasen la terminología de los misterios á la especie de jerarquía que de ellos tomaban.

De ahí las muchas correspondencias entre la lengua filosófica de los Griegos y aquella misteriosa terminología, correspondencias que nominalmente sobrevivieron á sus aplicaciones reales y que se perpetuaron además en las escuelas donde jamás tuvo lugar la disciplina jerárquica. El sumo escritor filosófico de la Grecia, Platon, contribuyó singularmente á esta perpetuidad, con la influencia que sus escritos y su lenguaje ejercieron en todas las sectas que se formaron despues de él, y especialmente en la de los platónicos. Las palabras *misterios*, *iniciación* y *doctrina secreta* se encuentran con frecuencia en estos filósofos sin ninguna aplicación religiosa y solo para indicar la graduación establecida por ellos en sus escuelas; y al transmitir y comunicar sucesivamente sus dogmas, adoptaban todas las denominaciones propias de los varios grados de los misterios.

Los Cristianos siguieron el ejemplo de los filósofos, y al combatir las doctrinas y los misterios del paganismo, adoptaron muchas veces su lenguaje. En los autores del Nuevo Testamento se encuentran ya señales de esta imitación, particularmente en San Pablo; pero cuanto mas se extendió la sociedad cristiana y aumentó sus prosélitos entre los gentiles, mas debieron aumentar tales imitaciones, no solo de los términos, sino también de los sistemas y de los ritos de los misterios. De este modo fué introduciéndose poco á poco en la Iglesia, sobre todo en tiempo de Constantino el Grande, la *disciplina del arcano*. A partir de esta fecha, se encuentran cada vez con mas frecuencia en los escritos de los Padres las designaciones y distinciones misteriosas aplicadas á la creencia cristiana, á su enseñanza, á los adeptos y á la especie de iniciación progresiva y de jerarquía que también admitía esta. Muchas imitaciones, usos y ceremonias pasaron así del culto secreto de los

paganos al Cristianismo, por ejemplo: el reparto de la comunidad cristiana, segun la graduación recibida en los misterios; los puestos diferentes señalados á las varias categorías de los fieles en las iglesias; la formal exclusion de los catecúmenos al distribuir la cena; el silencio prescrito; los cinco grados establecidos entre los *lapsos*: cosas todas acerca de las cuales dejaron luminosos trabajos Casaubon y otros eruditos. Estos lapsos ó caídos tuvieron igual nombre primero en la religion secreta de los Griegos, que despues fué adoptado por los filósofos y los eruditos, y finalmente por los Cristianos.

En todos los misterios había coros solemnes y danzas; de manera que la idea de la danza se confunde frecuentemente con la de las iniciaciones sagradas. Una expresión de este origen fué aplicada á la culpable revelación del secreto de los misterios que se llamó *salirse del baile*, ἐφορῆσθαι; tenemos un discurso del retórico Aristides contra los que se salen de la danza, es decir, que revelan los misterios, y la misma calificación se aplicó al hereje Pablo de Samosata en el sínodo de Antioquia.

Los pequeños misterios de Agra, llamados impropriamente *pequeñas Eleusinas*, no eran mas que una preparación para las grandes ó para las verdaderas Eleusinas, celebradas entre Atenas y Eléusis. Consistían principalmente en ceremonias expiatorias y purificaciones acompañadas también de una instrucción relativa á los grandes misterios. Acerca de estos se ha tratado de saber en primer lugar, qué espacio de tiempo se necesitaba para ser admitido y recibir la iniciación superior despues de estar iniciado en los pequeños misterios. Celebrándose estos en el mes de antesterion, y en el de boedromion aquellos, se llegaba á epopto al cabo de un año á lo ménos segun Plutarco; otros parecen dar á entender que se pasaba un año entre la primera iniciación que se necesitaba para ser misto, y la segunda, por la cual se llegaba á epopto y éforo (1). El padre Petau empero reflexionando que el espacio entre los pequeños y los grandes misterios tenía que ser ó de seis ó de diez y ocho meses á lo ménos, conjeturó que la epoptia debía de ser un tercer grado, el grado verdaderamente superior de la iniciación, al que no se debía admitir á nadie sino despues de un año de iniciación en los grandes misterios, el año mismo en que se había recibido la pequeña iniciación. Otros autores modernos fijándose en un pasaje de Tertuliano, interpretado en sentido contrario, suponen que tenía que haber cinco ó seis años de intervalo entre los dos grados extremos de iniciación. Es efectivamente verosímil que hubiese entre uno y otro un espacio de tiempo mas ó ménos considerable, aunque la celebración de los grandes misterios fuese anual como la de los pequeños.

(1) PROCL., in *theol. Plat.*, IV, 23. — HERM. in *Plat. Phedr.*

(1) ΣΥΝΑΣ, v. ἐπόπτης.

Las particularidades de las fiestas, el número y el orden de los días de que constaban, y la marcha de las solemnidades nos son muy poco conocidos, por más que Meursio se fatigase escudriñando los documentos sueltos é inútiles de la antigüedad acerca de este punto. Creyó este autor que los días no podían ser más que nueve; y aunque su conjetura no está apoyada por los manuscritos, hasta que una feliz casualidad nos descubra algún dato fijo desconocido, mejor es atenerse á la opinión de este erudito que divagar entre infundadas hipótesis.

La fiesta se abría el 15 de boedro. El día primero se llamaba la *Reunión* (ἀρχή), porque en él se reunían los mistos para prepararse, y era una especie de vigilia. El día segundo se llamaba *Al mar los mistos* (ἐλάει μυσταί), porque iban estos en procesion á la orilla del mar á purificarse. Meurio coloca en el día tercero la procesion del descenso; pero quizá se equivoque, y probablemente deban ponerse en su lugar el ayuno, acompañado de la continencia que debía preceder á una y otra fiesta, en recuerdo del rapto de Proserpina y de la afliccion de Ceres, su tema comun. Quizás aquel mismo día se erigia el lecho nupcial de la virgen divina rodeado de cintas de púrpura, y se pronunciaba la fórmula sagrada que refiere Clemente Alejandrino: *Yo me introduje en el lecho nupcial*. Es creíble también que por la noche se rompiese el ayuno con pasteles de varias clases y adormideras, y bebiendo el kykeon á imitacion de Ceres. Acerca del cuarto día nada sabemos de positivo (1). Esiquio hace mencion de un sacrificio en honor de Ceres y de Proserpina que tal vez se efectuase en dicho día. Además, no solo estaba prohibido á los iniciados el tocar la carne de ciertos animales, sino también el uso de ciertas partes de las víctimas permitidas, por motivos que se les revelaban. También sin fundamento se refiere al mismo día el baile al rededor de la fuente Calicóros.

El quinto día se llamaba *De las lámparas*, (λαμπάτων ημέρα) por una procesion designada con dicho nombre. En aquel día, los iniciados iban con una luz cada uno hácia el templo de Ceres Eleusina, formados de dos en dos con profundo silencio; precedidos por el daduco que llevaba también su antorcha. Las luces se hacían pasar de mano en mano, y á su llama y á su humo atribuíase una virtud purificadora. Tal vez el daduco representaba por este medio á *Phosphoros* ó *Lucifero*, tan ponderado en la doctrina de los misterios; en todo caso, la ceremonia tenía que hacer alusion á los viajes de Ceres siguiendo las huellas de su hija con las antorchas en la mano, y á la vida humana al propio tiempo.

El sexto día, el más solemne de todos, tomó su nombre de Yaco, hijo y alumno de Ceres. Aquel día, el joven Yaco, coronado de mirto y

(1) Meursio coloca en este lugar la procesion del descenso de una muy importante inscripcion ática publicada por Bösch, *Corp. inscr.*, I, n.º 523, se deduce que en ella se hacían sacrificios.

con una antorcha, era conducido en pompa desde el Cerámico á Eléusis. Seguían los iniciados con sus coronas también, y en larga procesion, en que figuraban el cedazo y otros símbolos consagrados á Baco. Iban por la puerta de la vía Sacra, empedrada de piedras labradas, adornada con monumentos de toda clase, y descrita en un libro especial por el periegeta Polemon. Aclamábase repetidas veces á Yaco, y el canto de los himnos contrastaba con el silencio de la procesion y de las luces del día precedente. No podemos fiarnos del todo de Aristófanos respecto de la naturaleza de dichos cantos; pero sí reflexionamos que á la noche siguiente se confería la iniciacion suprema, y que Yaco, hijo y criado de Ceres, era el mediador entre esta diosa y los hombres, nos inclinaremos á creer que el autor cómico de Atenas reproducía un hecho histórico al hacer que los iniciados invocasen al joven dios como su guía é intercesor.

La distancia y otros motivos no permitían que el mismo día sexto tuviese efecto la vuelta á Atenas, de manera que esta se verificaba el día sétimo. Este suceso era notable por muchos conceptos. Tenía sus estaciones solemnes, entre las que se distinguen la del *higo sagrado*, que era donde había brotado el primer higo, y las *Gefirismias* y las chanzas del puente. Una vez reunidos todos los iniciados en el puente del Cefiso, los habitantes de los alrededores que se habían llegado á verlos, prorumpían en sarcasmos y en dichos licenciosos acerca de la santa procesion, á que se contestaba con igual libertad, dando principio á escenas tan cómicas como grotescas, especie de mascaradas representadas, entre otros, por un personaje de mujer que figuraba la Yambo ó Bubo de la leyenda de Ceres. Si no nos equivocamos, se agraciaba con el regalo de un pañuelo al actor que más sobresalía en aquellas ridículas luchas, costumbre que para nosotros tuvo manifiesta influencia sobre los primeros rudos engendros del arte dramático de los Griegos.

Más ¿por qué celebrar sobre un río semejantes extravagancias, y por qué tomaron su nombre de un puente (γεφυριζμός, γεφυρίζειν, de γεφυρα, puente)? El que piense en el origen egipcio de una parte á lo ménos de los ritos del culto de Ceres, la primera idea que concebirá será la de comparar el uso griego con las locuras de igual género que se permitían las mujeres en su tránsito á Bubaste, á lo largo del Nilo y en sus aguas (1). Pero más positivas semejanzas nos revelarán tal vez el verdadero origen de este uso. Háblase de una *Demeter Gefirea*, cuyo nombre provenía de los Gefireos, moradores de un canton del Ática (2). Procedían estos de Tanagra, en Beocia, y los Atenienses les habían permitido vivir en su territorio bajo ciertas condiciones. Su primitivo origen era fenicio, y ha-

(1) HEROD., II, 60.

(2) *Etimol. M. s. v.*

bian llegado á Beocia con la colonia conducida por Cadmo y formaban parte del mismo establecimiento, al cual los Griegos confesaban deber muchos conocimientos, entre otros el del alfabeto. Además de Ceres, adoraban también á Minerva; y un autor antiguo, comparándolos con los pontífices ó grandes sacerdotes de Roma, cuyo nombre se derivaba también de un puente, dice, que se llamaban gefireos por las funciones sacerdotales que desempeñaban sobre el puente del Esperquio frente á la estatua de Pálas. Por un lado sabemos que la Minerva llamada *Onga* se creía que había sido trasportada á Beocia por Cadmo; por otro lado sabemos que en Hipata, ciudad de los Enianos, bañada por el Esperquio, existían ritos singulares de un culto antiguo de Proserpina, identificada con Vénus. Todo contribuye á persuadirnos de que se trata de religiones fenicias, cuyos númenes fueron en su origen trasportados en barcas, y puestos en relacion con las aguas. Demeter Gefirea debía ser la misma que la Ceres Cabirica (asociada á los Dioscuros protectores de la navegacion), la cual llevaba un remo en la mano, y la misma que la Ceres de Taso, que en Beocia tenía por sacristan á Hércules, ó sea Melkarte. Todas estas divinidades fueron trasladadas de las costas de Siria á las de Beocia, y se naturalizaron en los alrededores del lago Copai, antiguo receptáculo de las aguas de aquel país. ¿Qué extraño, pues, que supuestas estas condiciones continuasen siendo honradas con los mismos ritos, y que los gefireos ó pontífices de Tanagra y de Eretria, y después sus sucesores del Ática, celebrasen en el agua los misterios de su gran diosa con toda la licencia de los cultos del Egipto y del Oriente?

El octavo día se llamaba las *Epidaurias*, porque se decía que Esculapio, habiendo llegado demasiado tarde de Epidáuro, había obtenido en la noche de aquel día una segunda iniciacion, que después llegó á ser general entre los que fueron encontrándose en igual caso.

El día noveno se llamaba *Plemocías*, por una especie de cubilete de que se servían. Llenábanse de vino, según parece, dos vasos iguales, y luego se derramaban uno hácia Levante y otro hácia Poniente, con palabras misteriosas. Si Meursio aplicó con acierto su pasaje de Proclo, los iniciados durante aquella libacion miraban sucesivamente al cielo y á la tierra, considerados como padre y madre de todos los seres, diciendo *Υέ Τρωίε*. Esta ceremonia, á lo que parece, se celebraba en honor de los muertos, creencia confirmada por los juegos gímnicos, de carácter también fúnebre, con que terminaba la fiesta.

Réstanos algo que decir acerca de la *epoptia*, última y suprema iniciacion. Según todas las apariencias, se verificaba durante la noche que seguía al día sexto y la procesion de Yaco, cuya noche se llamaba mística ó santa como las precedentes, en gracia de la augusta y secreta naturaleza de los ritos á que se las con-

sagraba. Los Padres de la Iglesia pueden haber tenido razon para condenar lo que sucedía en sus tiempos en aquellas noches misteriosas; pero no sería justo abarcar en la condena los tiempos anteriores. Cuando los mismos Cristianos aplicaron las solemnidades nocturnas á la celebracion de sus santos misterios, también fueron blanco de las imputaciones más injustas y calumniosas.

Respecto de los ritos de la noche de la gran iniciacion en Eléusis, todo lo que sabemos entre cierto y conjeturado es lo siguiente. Los hierocericos abrían la ceremonia con las proclamaciones de costumbre para excluir á los profanos en general, y después á los ateos, á los epicúreos y á los Cristianos. Luego se exigía de nuevo el juramento de guardar secreto, y quizá en esta ocasion se repetían las fórmulas de preguntas y respuestas sacramentales usadas en los pequeños misterios y que servían para distinguir á los profanos de los adeptos. Hacíanse además nuevas purificaciones, para las cuales los mistos se cubrían con pieles de cabrito llamadas *nebridas*, y en seguida los vestidos nuevos bajo los cuales debían recibir la iniciacion; se llamaban felices y afortunados en estas ceremonias preliminares que se hacían fuera del templo, en el recinto exterior ó en el vestíbulo, y cerradas las puertas del templo y del santuario. Es de creer que en este momento solemne, alejados ya los profanos, se apagarían las lámparas y las luces. Los aspirantes envueltos en tinieblas, buscaban difícilmente el camino y hacían varias evoluciones (1). Luciano compara estas tinieblas con las que rodean á las almas que descienden á los infiernos, y llenaban de terror á los iniciados (2). Aumentábase las súbitas alternativas de luz y oscuridad, de relámpagos acompañados de truenos, de voces y rumores espantosos, de visiones rápidas, pavorosas y todo un horror que Plutarco compara al de un hombre colocado en su lecho de muerte (3). Abríanse por último las puertas del templo, á cuyo interior introducía el mistagogo á los iniciados, conduciéndolos á la luz, de donde vino el nombre de *fatagogia*, y á presencia de la diosa, cuyo simulacro ricamente adornado resplandecía con una luz divina. La epoptia ó autopsia era la revelacion de la divinidad en persona y vista cara á cara. Al mismo tiempo se coronaba de mirto á los iniciados en la ceremonia de la *anadésis*, y quedaban deslumbrados sus ojos por espectáculos encantadores y sus oídos encantados por suaves armonías. Los epoptos compartían en cierto modo con los dioses, no ya la imagen, sino la realidad, el goce de la suprema bienaventuranza (4).

(1) STOBEO, *Serm.* CCLXXIV, p. 884.

(2) LUCIANO, *Catapl.*, XXII.

(3) SAINTE-CROIX imaginó que sería como una representacion de los infiernos y del Eliseo; pero Lobeck le puso muchas restricciones y distinciones.

(4) Θεοῦ συνδίατος εὐδαιμονία. THEON, *Smyrn. Mathem.*, I.

A esta gran escena final debe referirse seguramente lo que hemos dicho ántes acerca del demiurgo representado por el daduco, y de la luna que lo estaba por el epibomio, así como Hermes por el hierocero. Tal vez algunas danzas simbólicas aumentaban los encantos de aquella misteriosa noche de la iniciación. Los iniciados, admitidos sucesivamente ó por grupos á las ceremonias místicas, eran despedidos con la fórmula solemne *Conx ompax*. Le Clerc y otros buscaron en la lengua fenicia y otras la traducción de estas palabras singulares, que se supone significan algo; últimamente se buscó su etimología en el idioma sacro de la India, lo que dió lugar á inducciones mas ó menos atrevidas acerca del origen de los misterios (1). También se apeló á la Persia con el mismo objeto (2). Sacy, sin decidirse por partido alguno, despues de refutar todas las opiniones, interpretó esta fórmula en el sentido de otra que supuso igual, cuyo significado, segun un pasaje de Apuleyo, debía ser: *Pueblos, retiráos*. Otros, entre ellos Sainte-Croix, no ven en las palabras citadas nada mas que nombres bárbaros, como los que habia en todos los misterios, que estaba prohibido variar y á las cuales se atribuía una virtud oculta ó se consideraban como faltos de sentido y simples exclamaciones.

¿Qué opinion, pues, se puede formar del sentido, del espíritu, del objeto de las ceremonias descritas y de los puntos de doctrina que debian ser fundamento de las Eleusinas? Explicando los orígenes del culto de Ceres y Proserpina y deduciendo su idea del fondo de los mitos y de los símbolos tradicionales, y siguiéndolos en todos sus desenvolvimientos, hemos llegado á la fuente de las doctrinas á que estaban enlazados. Era el medio mejor y mas seguro de establecer la realidad y el valor de aquellos antiguos dogmas, cuya mas alta expresion estaba contenida en los misterios de Eléusis. Ahora solo nos

(1) Silvestre de Sacy rechaza las supuestas etimologías fenicias de Le Clerc y Court de Gebelin. Barthelemy se inclina á creer que eran egipcias, atendiendo al supuesto origen de los misterios de Eléusis. Wilford, *Asiat. Research*, t. V, p. 297, dividia *Κοῦξ Οὔ Παξ* y traducia *Κοῦξ* por *Causcha*, objeto de los mas ardientes deseos: *Οὔ* debía ser en su concepto el famoso monosílabo trinitario *oum* que los bramantes repiten al principio y al fin de su rezo. *Ηαξ* en sanscrito *Paesha* ó *Pakscha*, análogo á la antigua palabra latina *Vix*, significa giro, cambio, vez, lugar, fortuna, y Cruzer la aproxima al griego *Ελευσις* en el sentido misterioso de la ida y la vuelta. La última palabra sanscrita, segun Wilford, se emplea despues de verter agua en honor de los dioses y de los manes, y los bramantes usan la fórmula total, aun hoy dia, como conclusion de sus ceremonias, lo cual para nosotros necesita confirmacion. En muchos hizo este supuesto descubrimiento de Wilford, que cuando mas no pasa de conjetura. Owaroff (*Misterios de Eléusis*), sin aceptar sus consecuencias históricas, trató de apoyarla en muchísimas analogías que aun á los ojos del mismo Sacy le dan cierta verosimilitud, si bien en último resultado el ilustre filólogo, rediriéndose al pasaje de Isiquio, base de todo el edificio, se inclina á creer que todo sea debido á la imaginacion.

(2) DE HAMMER, *Wiener Allg. Litt. Zeit.*, 1817, 45 noviembre, deriva *χοῦξ οὔπαξ* del persa *cambakhsh*, interpretado *contento del deseo*, y que en persa moderno quiere decir que contenta el deseo ajeno.

falta comparar rápidamente los diversos juicios de antiguos y modernos acerca de tan famosos misterios con el que creemos deber exponer de nuestra propia cuenta.

El monumento escrito mas antiguo relativo al culto de Ceres Eleusina que ha llegado hasta nosotros, el himno homérico en honor de esta diosa, nos ofrece un notable testimonio de la alta importancia que la antigüedad daba á sus misterios. Prolijo sería enumerar los elogios en que se deshacen Griegos y Romanos acerca del particular, hasta los últimos tiempos. Nos limitaremos á algunas opiniones mas graves, ya por la persona que las expresó, ya por las circunstancias en que fueron expresados. Bajo ambos conceptos no hay nada superior á la declaracion hecha por Isócrates á la faz de toda la Grecia en su *Panegirico*. «Cuando Demeter errante por toda la tierra despues que la arrebataron á su hija, llegó á nuestro país, quiso demostrar á nuestros padres su gratitud por los buenos servicios que la habian prestado, y que solo los iniciados tienen el derecho de conocer: remuneróles la diosa con los dos mas gratos dones que pueden haber los dioses á los mortales: la agricultura, á la cual somos deudores de una vida que nos eleva sobre la condicion de las bestias, y los misterios que aseguran las mas dulces esperanzas á los que son admitidos á ellos, no solo para toda la vida, sino para toda la duración de los tiempos. Y nuestra ciudad, amiga de los hombres, no ménos que de los dioses, léjos de guardar para sí estos inapreciables bienes, se creyó en el deber de comunicar á todos los que por sí sola habia adquirido.» Ciceron en un célebre pasaje de las *Leyes* reproduce en parte este elogio de Isócrates (1); y nos sería fácil aumentar los testimonios análogos, á cual mas honrosos, si otros no los hubiesen reunido (2).

Á los juicios favorables pueden oponerse los opuestos de los Santos Padres, entre los cuales tal vez Clemente Alejandrino sea el único que hace alguna excepcion. Pero los Padres en su mayor parte no conocian el fondo de los misterios, como ya hemos dicho, y únicamente se fijaban en la forma, en ciertos ritos y símbolos que creían perjudiciales á las buenas costumbres, bajo cuyo punto de vista era difícil justificarlos. Ademas de esto, en las instituciones se oponian tan fuertemente á la rápida propagacion del Cristianismo, que sus propagados no debian omitir nada para desacreditarlos. No hay que olvidar la época en que los Padres se pronunciaron así contra el culto secreto del paganismo. Estamos convencidos de que los símbolos y los dogmas permanecieron fieles á la tradicion de la antigüedad; pero á causa de la corrupcion moral, el espíritu llegó á no com-

(1) *Neque solim cum letitia vivendi rationem accepimus, sed etiam cum spe meliore moriendi*, II, 14.
(2) MEURSIUS, *Eleusina*, c. 4, 17, 18. — LOBECK, *Aglaopham*, t. 1, § 11.

prender su letra, y oscurecido el sentido primitivo llegó á extinguirse bajo la sencillez grosera de la expresion. Si ya en tiempo de Demetrio Poliorcétes el sacerdocio ático habia degenerado y se hallaba dominado por intereses humanos hasta el punto de alterar el período de la gran fiesta de Ceres por capricho de aquel, tan poco digno del nombre que llevaba, en los tiempos sucesivos debian tener lugar alteraciones mas funestas todavía. ¿Era por tanto posible que el depósito sagrado de la doctrina de Eléusis se trasmitiese incorruptible en manos de los hombres desde el año 1400 ántes de J. C. hasta el 20 de diciembre de 381 de la era cristiana, en que Teodosio el Grande cerró para siempre con su edicto el santuario de Ceres, despues de haber cerrado los demas? Distingamos, pues, bien claramente de épocas, y las Eleusinas, en vista del acuerdo de los testimonios que por ellas responden, recobrarán aquel carácter augusto que las atraía la veneracion de los hombres mas esclarecidos de la antigüedad (1).

Las opiniones de los modernos acerca de la naturaleza de los misterios eleusinos y de la doctrina que en ellos se enseñaba ó no, son mas ó ménos exclusivas en uno ú otro sentido. Es muy esencial el determinar si es cierto, como pretenden muchos, que era tan fácil el ser admitido á los pequeños misterios, como difícil y raro el serlo á los grandes (2), y que todas las prácticas exteriores, los ritos, las representaciones pertenecian á los primeros, mientras que los segundos consistian únicamente en la revelacion de los dogmas secretos, reservados á unos pocos elegidos (3). Esta teoría está en oposicion decidida con los hechos que hemos expuesto nosotros; pero era indispensable para hacer plausible la idea que por ejemplo Warburton y Meiners se formaban de la revelacion de que se trata, pensando que tuviesen por objeto principal una teología abstracta y una cosmología metafísica que ciertamente no podian comunicarse á todos los Atenienses, y mucho ménos á todos los Griegos. Otros pretendieron por el contrario que toda la instruccion moral y religiosa de los misterios se reducía á preceptos sobre la agricultura (4). Es cierto, y en este punto están de acuerdo los antiguos, que en las Eleusinas y en las Tesmoforias se consagraba la memoria de los primeros maestros de aquella arte, se celebraban los méritos que habian contraído para con el género humano. Pero si estos héroes de la civilizacion tenian un lugar en los misterios, también los dioses tenian el suyo, y aquellos eran meros instrumentos de estos, para propagar sus creencias y establecer su culto, íntimamente enlazado con el trabajo de los campos.

(1) Tuvieron un apologista en T. A. BACH, docto discípulo de Ernesti, *De Myst. Eleus.*, y también en otro, mas importante hasta cierto punto, por su mayor circunspeccion, que fué LOBECK en el *Aglaoph.*

(2) WARBURTON, *The div. legat. of Moses*, I, p. 459.

(3) MEINERS, *Vermischte philos. Schriften*, t. III, p. 164.

(4) COURT DE GEBELIN, *Monde primitif*, tomo IV, pag. 306.

Sin embargo, admitiendo la interpretacion que se ha dado á un pasaje de Ciceron, en que, á propósito de ciertos sepulcros que habia en Grecia, se invocaba la memoria de los iniciados (1), resultaria que los mismos dioses les habrian sido presentados como hombres deificados, de modo que Eucemero, al publicar su famosa *Historia sagrada* con grave escándalo de los creyentes, no habria hecho mas en este supuesto que revelar la doctrina secreta de los misterios. Los goces y dolores de los dioses, su tránsito por la tierra para la salud de los hombres se ponian efectivamente á la vista de los iniciados; y el Júpiter de Creta, patriarca feliz, rey elemente de los tiempos primitivos, podia ser igualmente propuesto á la fe de los epoptos como su padre Crónos, tirano cruel de las edades remotas. ¿Pero quién podrá persuadirse de que en esto consistiese toda la enseñanza de los misterios, mayormente despues de haber leído atentamente otros pasajes como el citado de Ciceron en que se habla de un doble Liber Pater y de un Liber misterioso (2)? ¿Ni cómo Herodoto y Plutarco, tan sinceramente religiosos, hubieran podido hablar como lo hicieron de las divinidades patrias, y estar tan poseidos de veneracion por sus misterios, si hubiesen sospechado que sus pretendidas divinidades no eran mas que imposturas y errores? ¿No se muestra Plutarco, por el contrario, siempre implacable contra el eucemerismo? No, tan impía doctrina no fué la de las iniciaciones. El Júpiter que los misterios de Creta ó del Ática presentaban bajo la figura de un monarca de los tiempos antiguos era, á pesar de esto, el poder supremo que hace rugir el trueno en la profundidad de la tierra, y desde lo alto de los cielos blande los rayos ya fecundantes, ya destructores. Es indudable que los iniciados no aprendian á ver en los dioses de la religion popular lo que estos eran originalmente en su mayor parte, los elementos y las fuerzas de la naturaleza personificada; y puede muy bien creerse con Sainte-Croix, que la epoptia era una especie de fisiología, es decir, de filosofía de la naturaleza, con tal que en esta teoría se prescindiera de toda idea de abstracciones metafísicas.

Segun nuestro entender, Villoison (3) demostró perfectamente que esta interpretacion física de las divinidades de Grecia debía ser el punto esencial de la doctrina de los misterios, al paso que el otro punto fundamental constitutivo consistiria en el dogma de la emanacion, que hace salir todos los seres del seno de Dios y á él los restituye. ¿Pero cómo, pensando así, pudo aquel sabio poner en duda que la creencia de los premios y castigos despues de esta vida hubiese pertenecido á los misterios? Y Meiners, que tan bien comprendió cuánta parte tenian en ellos los demonios ó genios, mediadores entre la Divi-

(1) *Tusc.*, I, 13.

(2) *De nat. Deorum*, II, 24.

(3) *De triplici theologia misterisque veterum*.